
MIGRACIONES INTERNAS

Cada vez más emigrantes

Rodolfo Corona Vázquez*

La importancia de la movilidad espacial de la población se ha incrementado con el paso del tiempo. Hasta finales del decenio 1960-1970 las migraciones constituían el fenómeno demográfico menos estudiado y con mayores carencias de información numérica, debido en parte al mayor interés otorgado a otras temáticas poblacionales (principalmente a la fecundidad). Las investigaciones sobre el tema se constituían entonces por análisis de corte antropológico referidos a pequeñas comunidades rurales o barrios urbanos, y por unos cuantos trabajos cuantitativos basados en estimaciones de saldos migratorios. Como respuesta a la problemática del acelerado crecimiento demográfico de las grandes áreas urbanas del país, en buena medida causado por los desplazamientos poblacionales desde áreas rurales, durante los setenta el estudio de las migraciones adquirió otra dimensión, por lo que se generaron por primera vez datos especiales, como las encuestas de hogares realizadas en las tres principales zonas metropolitanas del país.

A lo largo de la década 1980-1990 aumentó la visibilidad de otras corrientes migratorias compuestas por elevadas cantidades de personas jóvenes que se desplazaron para conseguir trabajo y mejores condiciones de vida, poniendo así de manifiesto los desequilibrios del desarrollo regional del país, el efecto de las crisis económicas de esos años en el empleo y los salarios, así como las precarias condiciones en el campo mexicano. Casi en paralelo, la necesidad de conocer el tamaño y rasgos fundamentales de estos movimientos internos provocó la realización de encuestas especiales para documentar diversos procesos migratorios, como los integrados por desplazamientos hacia y entre ciudades de tamaño medio, con destino en algunas entidades (básicamente

Baja California y el Estado de México) o hacia el sureste del país al incrementarse la producción petrolera.

Por otra parte, durante el lustro 1975-1980 y en el decenio 1980-1990, la migración de mexicanos hacia los Estados Unidos se incrementó de manera notoria ante la disparidad de condiciones económicas entre uno y otro país, los diferenciales salariales y la creciente falta de empleos en México, aunado a la necesidad de trabajadores en el país del Norte para realizar tareas de poca calificación, en su mayoría manuales. Esta emigración también fue impulsada por la existencia de redes sociales y familiares que

favorecen y facilitan los traslados y la inserción laboral de los migrantes en Norteamérica. Como en el caso de los desplazamientos internos, la importancia de estas migraciones internacionales trajo consigo la necesidad de contar con información adecuada, por lo cual se incorporaron procedimientos y preguntas especiales en las encuestas de hogares por muestreo de viviendas, y se estructuraron encuestas especiales para identificar y contabilizar a los migrantes en algún punto de su desplazamiento (llamadas encuestas de flujos).

A partir de 1990 los desplazamientos migratorios que ocurren al interior del te-



* El Colegio de la Frontera Norte.



territorio nacional, y también desde y hacia la República Mexicana, se han convertido en fenómenos de gran visibilidad cuya existencia obedece en lo fundamental a la insuficiencia de empleos con estabilidad y remuneración adecuada para proporcionar una vida digna, lo cual se agrava y aumenta continuamente por los cada vez mayores contingentes de mexicanos en edades de actividad económica (la población de ambos sexos con edades de 15 a 59 años se incrementó de 13.6 millones en 1950 a 44.9 millones en 1990 y a 57.097 millones en el 2000). Es decir, la existencia de problemas económicos de atención inmediata, en el caso de población con escasos recursos y la intención de mejorar las condiciones materiales de vida, entre aquellos que no enfrentan problemas de pobreza, han orillado a la creciente población joven que no encuentra soluciones en su entorno inmediato a extender espacialmente la búsqueda de ingresos. Esto

implica realizar desplazamientos de diferentes distancias y tiempos de permanencia en el lugar de trabajo, conformando así distintas modalidades migratorias, desde movimientos de unas cuantas horas, días o semanas a lugares cercanos, o bien el cambio de domicilio a otras ciudades y municipios, a otros estados o al extranjero. Adicionalmente al aspecto económico existen otros factores que impulsan a las personas a modificar sus lugares de residencia, como el incremento de condiciones de inseguridad y un medio ambiente deteriorado. Desde la perspectiva de buena parte de los cientos de miles de personas y familias involucradas en los desplazamientos, la problemática de las migraciones radica en que constituyen una serie de esfuerzos para solucionar las carencias económicas, que no siempre son exitosos y que sistemáticamente involucran el alejamiento del hogar, el enfrentamiento a riesgos físicos y accidentes, la adopción

obligatoria de normas de conducta ajenas y la exposición a maltratos y violaciones de los derechos humanos básicos.

La migración hacia los Estados Unidos ha crecido sistemáticamente, llegando en años recientes a superar la cifra de 1 000 mexicanos que diariamente se van a vivir a ese país (aproximadamente 400 000 emigrantes permanentes anuales en el 2000). Tal flujo de emigrantes se ha acumulado hasta constituir actualmente alrededor de 10 millones los nativos mexicanos que viven habitualmente en los Estados Unidos. De éstos, casi 2.5 millones son ya ciudadanos estadounidenses, y otro conjunto de poco más de tres millones tienen legalizada su estancia, esto es: son inmigrantes con permiso para residir y trabajar en dicho país. En adición, se encuentran los migrantes que sólo van a trabajar por temporadas, aunque por las mayores duraciones de sus estancias, principalmente los que carecen de documentos para trabajar, cada vez resulta más difícil diferenciar a los migrantes permanentes de los temporales, inclusive entre los propios migrantes y sus familiares a veces no distinguen cuál es su residencia habitual.

La migración de centroamericanos también ha cobrado relevancia pues a los tradicionales flujos locales de guatemaltecos que periódicamente laboraban en las fincas cafetaleras y de producción de frutas del estado de Chiapas, ahora se sobrepone dos corrientes de migrantes: los que vienen a nuestro país para trabajar en otros estados, como Tabasco y Veracruz; y los que sólo desean usar el territorio nacional como plataforma para internarse en los Estados Unidos. Los datos del Instituto Nacional de Migración sobre extranjeros sin documentos que fueron detenidos (asegurados) y devueltos a su país de origen (174 000 en el 2003, de los cuales 170 000 eran oriundos de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua) sólo representan una primera aproximación, pero permiten apreciar el orden de magnitud de esta corriente migratoria.

En cuanto a las migraciones internas deben hacerse cuatro señalamientos. El *primero*, indicar que los únicos datos comparables desde 1950 dan cuenta del sistemático aumento de las migraciones domésticas, pues la cantidad de mexicanos que viven en una entidad diferente a su estado natal se incrementó de 3.5 y 7.5 millones en 1950 y 1970, a 15.5 y cerca de 18 millones en 1990 y el 2000. Estas cifras también marcan un aumento relativo ya que el porcentaje de migrantes interestatales (con respecto a la po-

blación total residente en el país en el año de referencia) pasó de 12.9% en 1950 a 18.5% en el 2000, con lo que actualmente casi uno de cada cinco mexicanos vive en una entidad distinta a la de su nacimiento. El *segundo* señalamiento es sobre los cambios de domicilio entre municipios y entidades: según el Censo del 2000, un total de 6.7 millones de mexicanos efectuaron entre 1995 y el 2000 estas migraciones permanentes, siendo 3.8 millones los que trasladaron su residencia de un estado a otro, y los restantes 2.9 millones se fueron a vivir a otro municipio de la misma entidad. Estas cantidades no se distribuyen por igual, conformando un patrón por tamaño de localidad con dos características básicas: por un lado mayor cantidad relativa de movimientos desde y hacia las ciudades intermedias, un poco menor la proporción de traslados con origen y destino en las grandes áreas urbanas y mucho menos desplazamientos en las zonas rurales; y por otro, una tendencia a perder población por efectos del intercambio de migrantes en las grandes urbes, en las localidades menores (de 15 000 a 99 000 habitantes) y en las zonas rurales (menos de 15 000 habitantes); que es compensada por la ganancia de residentes en las ciudades de tamaño medio (100 000 a 499 000 habitantes). Ambas características se observan en las proporciones de migrantes en el lustro 1995-2000 con respecto a la población de 5 años y más residente en el 2000 en cada grupo de localidades: en las zonas rurales emigró 1.4% y llegó a vivir sólo 1% (equivalente a un saldo de -0.4%); en los municipios con 15 000 a 99 000 habitantes las "tasas" alcanzaron 14.5% para la emigración y 13.1% para la inmigración (pérdida neta de 1.4%); en las grandes ciudades (más de 500 000 habitantes) se fue durante el lustro el 10% de la población con 5 años y llegó a vivir un 9.2% (un saldo negativo de -0.8%); en cambio, de las ciudades intermedias (de 100 000 a 499 000 habitantes) salió una menor proporción de su población (con 5 años y más) respecto al porcentaje de la que llegó a vivir, 12.4% y 14.9% correspondientemente (una ganancia poblacional durante el quinquenio de 2.5%).

En *tercer* término ubicamos otra modalidad migratoria cuantificada en el Censo del 2000: los desplazamientos cotidianos con propósitos laborales hacia divisiones político-administrativas diferentes a las de residencia. De los aproximadamente 32 millones de personas que declararon tener un empleo en el 2000, 6.1 millones indicaron que tra-

bajaban fuera del municipio donde vivían, de ellos 4.4 millones tenían su lugar de trabajo en otro municipio de la misma entidad y 1.7 millones laboraban en otra entidad federativa. Respectivamente, estas cantidades representan 19%, 12.7% y 5.3% de la mano de obra de nuestro país, lo que pone de manifiesto la relevancia de estos desplazamientos, no obstante que los mismos tienden a sobredimensionar el tema porque en ocasiones el traslado de un municipio a otro o de una entidad a otra sólo implica el cruce de unas calles. El *cuarto* señalamiento radica en que, conforme al Censo del 2000 el 3.2% de la población de 12 años y más de edad recibe ayuda monetaria de familiares desde otras partes del país, es decir, son receptores de remesas internas. Algunas de estas remesas seguramente se vinculan con movimientos interestatales e intermunicipales, a semejanza de lo que ocurre en el caso de los desplazamientos hacia los Estados Unidos, donde las remesas de dólares que envían los que viven o trabajan en ese país a sus parientes en México constituyen un aspecto del todo

ligado a la evolución de los desplazamientos internacionales. Se desconoce en qué medida y circunstancias tales remesas están asociadas con las migraciones internas, no obstante que el número de receptores casi duplica a la cantidad de personas que reciben remesas del extranjero (1.7% de la población de 12 años y más según el Censo del 2000), y que para el 2000 el valor mensual promedio de dichas remesas adquirió un monto ligeramente inferior al alcanzado por las del extranjero: 1 407 y 1 640 pesos respectivamente, conforme a los datos censales.

Para terminar debe resaltarse que no existen programas de gobierno ni políticas específicas para encauzar las migraciones, ni para atender a los migrantes no obstante el creciente impacto que los desplazamientos espaciales de mexicanos tienen para el desarrollo nacional, tanto en lo estrictamente demográfico por su efecto decisivo en la redistribución poblacional, como en lo económico a través de las alteraciones o adecuaciones laborales. **Demos**

